

QUART CONCURS DE RELATS BREUS DE DONES

"Paraules d'Adriana"

ACCÈSIT SANT ADRIÀ DE BESÒS 2.003

AUTORA: REBECA JIMÉNEZ ROS

GOTA A GOTA

«Algún dia me abandonarás.» Julia oyó esas palabras muy cerca de su oído, a su espalda. Las oyó perfectamente, nítidas, a pesar del sonido del agua de la ducha que caía sobre su cabeza y la de Mario. No dijo nada. Sólo quería que el agua corriera por su cuerpo y que Mario siguiera acariciándola.

«Me abandonarás. Antes de contar hasta tres me abandonarás.» Julia se secaba lentamente mientras en el suelo crecía un charquito a su alrededor y, en la bañera, Mario la miraba. Casi seca, pasó la mano por el espejo empañado y se miró. Luego miró a Mario, le acercó la toalla y le besó. «Entonces no cuentes.»

Ahora Julia volvía a estar casi seca. Sus ojos destilaban un hilo de lágrimas que dibujaban la forma de sus pómulos, y sus manos estaban húmedas. Cabizbaja, dejaba a su espalda el sonido uniforme de las dos fuentes que flanqueaban la entrada del hospital. No caminaba como siempre, jovial; esta vez lo hacía indecisa, sin decisión, sin rumbo. Sólo el sonido de campanas de una iglesia cercana consiguió que levantara la mirada. Esperó a que dejaran de sonar, se dirigió hacia la puerta y entró.

Mario dejó caer su bolsa de viaje nada más entrar en casa. Luego, se dejó caer él pesadamente sobre el sofá. Pronto se reincorporó. El piso llevaba veinte días cerrado, todo estaba a oscuras y el calor era insoportable. Una vez abiertas todas las ventanas y renovado mínimamente el aire, Mario se agachó ante la bolsa de viaje. De uno de los bolsillos extrajo un paquete de cigarrillos. Luego su mano hurgó entre la ropa y sacó unos pantalones tejanos tres tallas menores de los que él vestía. Se dirigió a la cocina y volvió con un cigarrillo encendido y con unas grandes tijeras. Volvió a agacharse y a mirar los pantalones. Ausente, comenzó a cortarlos en un montón de pedazos. Cuando los hubo destrozado por completo, dejó las tijeras y mordió uno de los trocitos que casi le rodeaban. Todavía ausente, quiso fumar del cigarrillo, ya consumido. Encendió otro, se tumbó en el suelo y centró su vista en el techo, agotado.

Julia no se persignó al entrar en la iglesia. Sólo ordenó un poco su cabello y luego permaneció inmóvil, observando, al fondo, el altar. Se sentía especialmente relajada, casi sedada. Sólo el olor

a cera quemada y el temblor de las velas consiguieron que empezara a andar. Caminaba por los laterales de los bancos observando las imágenes con el paso contenido para no hacer ruido. Miraba las expresiones de dolor de unas y el hieratismo de otras arrugando levemente los ojos, como queriendo acercarse el máximo posible a su pena. Cuando hubo recorrido todo el templo, se dirigió hacia la puerta y centró su atención en una figura apenas visible que creyó reconocer. La miró fijamente y luego bajó la vista hacia las velas que ardían a sus pies. Por un momento hubo una sensación muy parecida al miedo. Quiso encender una de las velas pero volvió a sentir ese temor y retiró la mano. Caminó de espaldas hacia la puerta sin dejar de mirar aquella imagen. Finalmente, dio media vuelta y se marchó.

Habían decidido no salir de la cama aquella tarde. Habían estado hablando y haciendo el amor sin ningún tipo de prisas, prescindiendo de todo lo demás. El cuerpo de Julia descansaba sobre el de Mario y ascendía y descendía uniformemente siguiendo la respiración de éste. Recorría con los dedos la angulosa cara de Mario, por entero relajado e inconsciente del embeleso que provocaba en Julia. Al cabo de un rato, el cuerpo de Julia se separó sigilosamente del cuerpo de Mario para volver instantes después a ocupar la misma posición. Mario la miró a los ojos y sonrió. Julia le devolvió una tímida sonrisa y destapó el rotulador que acababa de ir a buscar. Mario fue a decir algo, pero ella le selló los labios con sus dedos, mientras los suyos se redondeaban en un ligero siseo. Entonces le pidió que volviera a sonreír. Mario obedeció y sus ojos desaparecieron en un nutrido grupo de surcos que Julia fue pintando con el rotulador. Cuando acabó, dejó que Mario relajara su cara, y al ver el resultado emitió un ligero gemido y le besó apasionadamente. Segundos después, Mario veía cómo el rostro de Julia se encendía mientras él se dejaba hacer el amor.

Ahora era la respiración de Julia la que hacía ascender y descender el cuerpo de Mario. Cuando recobró un mínimo de aliento, lo miró y susurró: «Serás un viejo encantador.» Mario la interrogó con la mirada y Julia le confesó, tímida, que a veces fantaseaba con acostarse con alguien bastante mayor que ella, alguien maduro que le diera seguridad y que, a la vez, de alguna forma, la dominara. Mario bajó la mirada y lentamente salió del cuerpo de Julia. Sentado al borde de la cama, alcanzó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Julia pidió que le encendiera una a ella también. Desoyéndola, se levantó, se acercó a la ventana y sopló el humo hacia afuera. «¿No quedan más?» «Uno», oyó, y luego vio a Mario salir de la habitación, en silencio. Cogió el paquete de cigarrillos y lo abrió. Estaba lleno.

Había salido de la iglesia con la sensación de escapar de algo. Era algo que a menudo la perseguía y de lo que, precisamente, escapaba. En ocasiones, cuando se sentía atormentada,

sacudía la cabeza, incluso hablaba en voz alta, maldiciendo, quejándose o implorando un poco de paz. Ahora intentaba escapar de la presencia de Mario en su cabeza. No podía.

Siguió caminando desorientada, algo más rápido, quizás. El ruido obsesivo de unos columpios le hizo saber que había llegado a un parque. Entonces empezó a percibir las voces de niños jugando y a respirar el olor a patio de colegio. Volvió a quedarse inmóvil, volvió a ver la imagen de Mario en su mente y volvió a sentirse sedada. Se sentó en un banco y empezó a seguir con la mirada las idas y venidas de los niños. Al poco, se concentró en un grupo de niñas que jugaban a la goma en una esquina del parque pese al acoso implacable de un grupo de chicos. Julia se fijó en la niña que saltaba en aquel momento. Era una niña morena, de pelo corto, a la que se le adivinaban unas bonitas piernas en dos o tres años y a la que sus amigas miraban con cierto aburrimiento sin dejar de masticar chicle. Todo lo contrario le pasaba a Julia, que disfrutaba como una criatura observando la soberbia con la que aquella otra criatura saltaba. Lo que más gracia le hacía era verla exagerar sus pasos y sus saltos para que los zuecos que calzaba hicieran más ruido del normal. Por primera vez ese día, a Julia se le dibujó una sonrisa que no tardó en desaparecer.

Había días en los que Mario se levantaba especialmente nervioso y aquél era uno de ellos. La timidez y la inseguridad eran cosas con las que, pensaba, tenía que convivir, y, de hecho, lo hacía diariamente y hasta con elegancia. Sin embargo, esa tarde, Mario estaba nervioso. Le acompañaba esa pequeña dosis de desesperación que hace tambalear lo previamente calculado y convierte la mínima posibilidad en presagio. No dejaba de tocarse el pelo, no tenía sed pero tenía la boca seca, quería fumar pero abandonó la idea cuando se percató de la pesadez de su respiración. Por fin vio llegar a Julia, con su andar decidido, y notó cómo la sangre le bajaba del cerebro y una nube de calor abandonaba su cuerpo. La voz de Julia le pareció desconocida y el tacto de sus labios le produjo un escalofrío. Sonrió sin decir nada, respiró hondo y echaron a andar.

Mario había insistido en dar un paseo por el centro de la ciudad esa tarde. Normalmente era Julia quien, de alguna manera, planificaba qué hacer y qué no, y era ella quien ahora preguntaba, como una niña, adónde la llevaban. Él no respondía, aunque sonreía intentando olvidar su angustia y entender la energía que emanaba de Julia. Al poco rato se detuvo frente a una iglesia e invitó a Julia a entrar. Ésta, divertida, le preguntó si se trataba de una promesa o «algo así». Él bajó tímidamente la vista y, sin esperarla, entró. Dentro, Mario empezó a dejarse invadir por el silencio y la luz mortecina del templo. Su tensión se fue disipando poco a poco hasta llegar a disfrutar del anonimato que le producía estar en aquel lugar. Fue entonces cuando divisó la imagen que esperaba encontrar. Se acercó con sigilo y notó el leve calor de las velas sobre las

que descansaba. Los vidriosos ojos del santo se cruzaron con los vidriosos ojos de Mario, que suplicó un «no me la quites» inaudible. Alcanzó una vela y, a su espalda, notó la presencia de Julia. Ella le miró extrañada y Mario le sonrió abiertamente. Luego la rodeó por la cintura y cogió su mano. Los dos acercaban la vela hacia las otras encendidas cuando una de éstas se movió lo suficiente para destilar su cera sobre la mano de Mario. Una maldición rompió el silencio de la estancia y algo se rompió también dentro de Mario. Julia no pudo ver la mano que él escondía sin dejar de mirar la imagen. Sorprendida, prefirió salir de la iglesia. Cuando lo hubo hecho Mario, ella le preguntó: «¿Has encendido alguna?» Él, derrotado, contestó: «Dos.»

Ya no se encontraba sedada. Es más, empezaba a invadirle una sensación de ansia que algunas, pocas veces, había notado. De repente se encontró sola. Como aquella vez en la playa cuando, tumbada al sol, buscó la presencia de Mario y sólo encontró su toalla vacía. Recordó cómo entonces se incorporó entre asustada y frustrada hasta ver su figura en la orilla, solo. Mario, otra vez Mario. Entonces, como ahora, encendió un cigarrillo, y ahora, como entonces, sentía más asfixia que paz. Sin embargo, siguió sentada en aquel parque donde la llegada de grupos de viejos era cada vez mayor y eclipsaba por momentos la presencia de los niños.

A Julia le gustaba observar a la gente mayor. Tenía amigas que odiaban abiertamente no sólo ya el paso de los años, sino la sola presencia de gente mayor, sus voces, su olor. A ella, en cambio, le hacía adivinar el paso del tiempo en la cara de la gente. Muchas veces tenía incluso que contenerse a la hora de hacerlo. Como cuando viajaba en metro y tenía que retirar la vista de las personas que tenía enfrente porque se quedaba embobada, mirándolas. Sobre todo, a aquellas en las que era evidente que eran una familia: padre e hijo, madre e hija, hermanos. Entonces estudiaba su evolución y le entraban unas ganas enormes de reír. En alguna ocasión había tenido incluso que bajarse del vagón.

Ahora no contrastaba los rostros que veía. Sólo fumaba y mantenía la mirada sobre algunas de las personas que ocupaban los bancos. Al poco, se percató de que una de ellas la miraba desde hacía un rato. Era un hombre de unos cincuenta años que sostenía elegantemente un periódico abierto entre sus huesudas manos y la observaba con cierto aire de suficiencia. Julia le vio entornar los ojos, que pronto se rodearon de una infinidad de arrugas en lo que adivinó un gesto de invitación. Bajó la vista con brusquedad y ni siquiera siguió fumando. Abrió sus dedos y el cigarrillo cayó al suelo. Se levantó del banco y abandonó el parque con un paso casi marcial.

La primera vez que Mario y Julia se emborracharon juntos fue a los pocos días de conocerse. Empezaron a beber al mediodía y lo que iba a ser un aperitivo se alargó durante horas. Mario observaba la compulsiva forma de beber de Julia, su risa fácil y sus constantes idas y venidas al lavabo. Feliz, escuchaba con atención las anécdotas de su infancia, que ella explicaba de una

forma cada vez más histriónica. Por un momento la vio en su niñez y se sintió frustrado por no haberla conocida entonces. Por fin pudo convencerla de dejar de beber durante un rato con la promesa de invitarla a probar una cerveza cuyo nombre se inventó. De camino hacia el inexistente bar, Julia no dejaba de especular sobre la infancia de Mario. En cuestión de minutos le había hecho un retrato inventado de sus primeros años de vida, completamente convencida de lo que afirmaba. Mario negaba con la cabeza sonriente y en silencio y, por un momento, le vinieron imágenes de su niñez que pronto se disiparon. Ninguno de los dos se percató de que estaban en medio de un parque hasta que un balón llegó a los pies de Mario, que lo devolvió a sus dueños con un preciso chute. Cuando se giró, Julia ya se columpiaba al lado de una niña con la que parecía competir. Al cabo de un rato, Julia se dio por vencida y fue dejándose parar. La niña, queriendo bordar su victoria, intentó saltar del columpio antes de que se detuviera por completo y sólo consiguió caer al suelo de forma aparatosa. Julia fue a levantarla de inmediato, pero no tuvo más tiempo que el de detener el columpio con su frente y caer de espaldas junto a la niña. Mario corrió hacia ella e intentó levantarla. Vio a la supuesta madre de la niña azotándola en el trasero, la cara de desconcierto de Julia y un hilito de sangre que empezaba a bajar por su frente. Luego, en casa, le curó la herida.

Esa noche, Julia durmió con un esparadrapo en la frente y el pelo recogido en dos coletas. Mario tardó en dormirse, mirándola.

Ahora era perfectamente consciente de que estaba escapando. Su respiración era más rápida, sus manos estaban húmedas otra vez y tenía ganas de correr. Ver acercarse a la gente caminando en dirección contraria a la suya la mareaba. Procuraba andar lo más cerca posible de las paredes y aun así chocó con una pareja de ancianos. Su cabeza le enviaba imágenes sin descanso y el ruido de la ciudad le empezaba a resultar ensordecedor. Ya no paseaba, no deambulaba sin rumbo. Deseaba llegar lo antes posible a casa e introducir la llave en la puerta. La llave que apretaba frenéticamente en la mano. Pero había demasiada gente en la calle a esas horas y tenía que detener el paso constantemente. Tuvo que pararse ante un numeroso grupo de turistas que esperaban subir a un autocar, y por un momento quiso subir con ellos y marcharse muy lejos. Sin embargo, continuó con su huida, ahora intentando calmarse. El autocar y los turistas le hicieron pensar en sus últimas vacaciones. Apenas había deshecho las maletas de su último viaje con Mario. Pensaba en la sensación de paz de la que había disfrutado y que tanto necesitaba ahora. Recordó la sensación de pasear prácticamente desnuda todos los días y también la que le produjo introducirse los primeros pantalones tejanos después de más de quince días yendo sin ropa. Recordaba la presión de la tela contra su pubis y el roce que le producía al andar con ellos. Se

acordó del placer que sintió y cómo, entre risas, se lo comentó a Mario. «Por cierto, ¿dónde diablos estarán esos pantalones?»

«¿Qué hace la gente cuando está agotada?» Mario pensaba que lo mejor era dormir. Lo pensaba mientras recorría con la vista la longitud, cada vez mayor, de la grieta que empezaba a dividir en dos el comedor de su casa. Empezó a sentir el frío del suelo en su espalda, el calor del humo del cigarrillo que tenía entre los dedos y también una pesadez absoluta en las piernas que le impedía levantarse. «Dormir.» Cuando terminó con el cigarrillo, lo aplastó lentamente en el cenicero que descansaba sobre su vientre y luego lo retiró. Se incorporó sorprendido por la agilidad con la que lo había hecho pese al cansancio, vació el cenicero en una bolsa de basura y observó los trozos de tela tejana dispersos por el suelo. Fue recogéndolos uno a uno y los devolvió a la bolsa de viaje que cerró de nuevo y aparcó en la entrada de casa, no sin antes extraer de uno de los bolsillos la cajetilla de pastillas que siempre le acompañaba. La depositó justo al lado del paquete de cigarrillos y del mechero, sobre la mesa, en un orden escrupuloso. Abrió la llave del agua cerrada durante días, y dejó correr durante un rato el agua de la ducha. Se duchó y sin apenas secarse peinó todo su pelo hacia atrás. Luego se afeitó. Se miró de soslayo en el espejo y secó el suelo del lavabo. Llenó una botella de agua y caminó hacia el comedor. Se sentó delante del mechero, el paquete de tabaco y la caja de pastillas escrupulosamente ordenados. Abrió la botella y se fue comiendo una a una las pastillas que quedaban en la caja. Quiso pensar en todos los meses, uno a uno, que había vivido con Julia, pero se cansó. «Dormir.» Se levantó lentamente y se tumbó en la cama. Tapó la mitad de su cuerpo con la sábana y siguió con la mirada la grieta, también cada vez mayor, del techo de la habitación. Sonrió débilmente y se durmió.

Subió las escaleras de dos en dos. Introdujo la llave en la cerradura de la puerta mecánicamente, la abrió y la cerró de un portazo. Sintió una bofetada de calor que acabó vencéndola y se dejó caer deslizándose la espalda por la madera de la puerta. Acercó los dedos índices a la yugular, comprobó su cansancio e intentó en vano recuperar un poco de aliento. Todavía jadeando, se incorporó pesadamente y avanzó hacia el lavabo despojándose de toda la ropa. Desnuda, sintió cómo su piel se erizaba cuando el agua de la ducha la invadió. Quiso gritar, pero sólo notó algo que se le ahogaba en el pecho. Le pareció que su cabeza se paraba y luego le pareció conocer el vacío. Salió de la bañera lentamente y se miró en el espejo. Un charquito crecía poco a poco a sus pies. Por un momento sintió una enorme distancia con la imagen que le devolvía el espejo. El goteo de los grifos mal cerrados le hizo apartar la vista y trasladarla al hospital donde estaba ingresado Mario. Vio el goteo del suero que le alimentaba, vio la insoportable belleza de su mirada y vio su sonrisa casi insultante. Luego, volvió la cara hacia el espejo y vio a Mario despidiéndose: «Tres.»